

DIANA FERNANDA MATA CÓRDOVA*

Meditaciones solitarias

Despertó para sentarse frente a la computadora y sentirse culpable, fracasado, poco hábil. De todo lo que pudo hacer, sólo logró ser un escritor fracasado. No se enamoró cuando una antigua alumna había regresado para confesarle su amor; no lo hizo cuando una camarera logró enturbiar su calma y se puso a pensar en un momento que podría compartir su vida. Por el contrario, decidió quedarse aún más solo, ¿cuál es la necesidad, o más bien necesidad, humana por sentirse acompañados? ¿Si la vida la hace uno por su cuenta, no vale la pena?

Un día anterior se puso a pensar que su vida había culminado antes de empezar, lo llamaba el olor de la sangre y la putridez, casi como si sus pensamientos se estuvieran materializando. Sentía que sus ideas eran proporcionales a su realidad. Se cuestionó respecto a qué es lo que atrae tanto de la muerte, ya sea para suministrarla en alguien más o en uno mismo; y si lo importante es el hecho como tal o sí lo que atrae es más bien lo que lo justifica, por qué alguien mata, ya sea a un tercero o a sí mismo.

Volvió a la cama, y mirando el techo se dio cuenta de que ya habían pasado cuarenta primaveras, y que desde la decimosegunda había comprendido que no hacía falta más vida para entender que la finalidad es la muerte. ¡Vaya descubrimiento! Sólo que, con los tintes correctos, seguro parecía una verdad insoportable, cruel, y hace de toda vida, por muy trascendente en obras, igual de menoscabada que la que no logró nada y fue marginada. En esta vida, quien se reconoce heideggerianamente como *un ser para la*

Primer lugar de la
Convocatoria de
Cuento Breve 2025

Fuentes Humanísticas > Año 37 > Número 71 > II Semestre > julio-diciembre 2025 > pp. 145-148 >
ISSN 0188-8900 > eISSN 2007 5618.
Fecha de recepción 09-10-2025 >

*Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Fuentes Humanísticas está bajo la licencia creative commons Atribución-No comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

muerte, es quien lleva la delantera. Sólo así, llegas a un principio identitario entre el vagabundo de la esquina de tu calle y el millonario que no deja que se le acerquen a menos que haya una cifra de por medio.

Ahí recostado en la cama, con la nariz a punto de explotar, pudo deducir dos hechos: 1) todo el mundo muere; 2) no morimos acompañados. El primer caso, se trataba de un sencillo análisis, o eso parecía, pero realmente él se refería a que el mundo se deteriora de igual manera que un ser humano en su particularidad, ¿quizás el mundo también podría sentirse desolado? Si acaso tanta soledad acumulada no hace más que cubrirnos en otra capa, la desolofera, la cual cubre nuestro entorno, pero al no poder caracterizarla no la tomamos en cuenta. Por otro lado, en lo tocante a la compañía, no es que la muerte pueda suceder como un condicional, no así en la realidad, podría bien suceder en la lírica de poetas y dramaturgos, pero no en la realidad. Además, qué tipo de compañía, ¿hay variantes? Por interés; por lastima; por costumbre; por gratitud y todos en los que no podemos pensar de manera inmediata. Igual nadie se morirá con nosotros, y aunque también muriese, al mismo tiempo, en el mismo lugar y con la misma causa, este suceso siempre será individual.

Aún en soledad, no estaba dispuesto a sentirse vulnerable. De lo contrario no tendría sentido la meditación que estaba formulando, pues el hecho de asir esa verdad le incapacitaba para cualquier cosa. Pensaba en lo irónico del asunto, ya que esa misma verdad podía tomar dos caminos: habilitar a una persona a hacer cualquier cosa, reduciendo todo orden a un constructo social sin impacto real; o convertirla en una inútil que sólo exista mientras pasen las inclemencias de la muerte más pronto que tarde, pues pasará, al final pasará.

Volvió para sentarse otra vez frente al monitor, con suerte en esta ocasión sí brotaba algo de su mente, algo que no le causará tanto conflicto, algo que empezará con:

A quien corresponda.

Por medio de la presente, siendo las diez horas con veintisiete minutos de la mañana del veintiséis de agosto del dos mil veinticuatro, he llegado a la conclusión de que me declaro incompetente para la vida. El día de hoy Augusto Robles, escritor de cuarenta años poco conocido por los lectores serios, pero alabado por el público que gusta de una trama comercial, si acaso verosímil que no logre destruir sus almas, tampoco ilusionarlos con la falsedad. Infeliz

taciturno que no encuentra descanso ni en sus historias inventadas, ni en los vicios que se dicen placenteros, o en los supuestos logros, en la calma de la soledad, o en el bullicio del acompañamiento. Legítimamente creo ser una persona insatisfecha. El aprovechamiento de la vida debería ser meritocrático, tal como lo establece la sociedad, llenar de vida a aquellos que sí la valoran por diversas circunstancias, tales como la enfermedad, los accidentes, o los sucesos infortunados perpetrados por gente cuyos escrúpulos se eliden con la falta de seguridad jurídica y política. Hay tantas personas que envidian y disfrutarían bien de la vida de uno, que me gustaría entregarla a quien la prefiera y la merezca.

Antes de buscar diferentes criterios de la causa, les puedo decir que la respuesta no admite mayor complejidad, la vida ha sido demasiado avasallante para mí. No hay responsabilidades asignadas, no he tenido una infancia transgredida por la violencia intrafamiliar; no he sido abusado física, psicológica o sexualmente; no he tenido una pareja formal en mi vida y tampoco he creído necesitarla; las deudas no me están consumiendo, y no hago esto con el propósito de no solventarlas; no he tenido una pérdida significativa y por eso busco consuelo; no tengo enfermedades terminales; no me está buscando un grupo de mafiosos o –si acaso en mi país– narcotraficantes que intentan hacerme daño; no tengo más preocupaciones que las ordinarias; no tengo problemas con drogas, ni antecedentes con ellas. Tampoco voy a sacar un nuevo libro ni es mi pretensión que todo el mundo lo compre, siendo esto una falsa alarma.

Sólo una preocupación obstruye mi mente: que a pesar de haber enumerado todas las causas que suprimen el significado del hecho, con todo y eso, la cosquilla hermenéutica les haga encontrar otra posible resolución. Al parecer eso es inevitable y, si pasa, sólo aspiro a no saberlo. Nada me sería más denigrante que compraran mis libros para tratar de encontrar el hilo negro de mi muerte.

Mi familia no me es indiferente y aseguro que llorarán por mi ausencia, pero al final comprenderán que fue un acto de agradecimiento, y que dejarme partir será lo mejor para ellos, ya han sufrido tanto por mí, que no pretendo mortificarlos más. Mis peticiones son: que no se revele el contenido de esta carta a la prensa; que no se vincule mi fallecimiento con la mujer que se encuentra en la bañera; que todas mis pertenencias se donen a la caridad; que se investigue la muerte de la mujer que vino a suicidarse en mi bañera, a la cual no conozco. Finalmente, puedo decir que, si quieren un titular para su noticia, irrelevante y que no les dará más que la

primicia de la tarde agotándose en ese mismo día en que se publique, me gustaría que dijera que morí por una cruda realidad: que la muerte era ineludible al igual que la soledad.

Luego de terminar su carta, la imprimió, se puso a pensar en el poco entusiasmo que producía su sola lectura, y tuvo una pequeña satisfacción de que así fuera, después de todo, el acto es simple y no es susceptible de sentimentalismos. Después de todo, ¿quién más, aparte de la mujer que ahora yacía en su baño desde hace tres días, se conmovería tanto como para culminar con él, al menos en el mismo espacio?

Buscó una soga, se aseguró de que el tubo que sostiene la cortina de su baño fuera resistente y estuviera lo suficientemente alto como para que sirviera a su fin. Agradeció que el casero hubiera querido que las estructuras fueran así de altas, o que no haya advertido el error. Se dispuso a encontrar el espejo más grande que tenía en la casa, lo acercó al baño y lo puso justo frente a la bañera. La escena era impactante: atrás, una joven de unos veintiséis años, castaña, sus ojos aún permanecían abiertos, eran grandes de un tono miel, ahora sin vida, completamente opacos; con los antebrazos abiertos en un corte simétrico que abarcaba abajo del codo hasta llegar a la muñeca; traía un vestido rojo corto, el cual se volvió vino con el agua ensangrentada. Él por su parte llevaba a cabo todos los preparativos de su propio acto. El espejo estaba inclinado de tal modo que él pudiese observar todo desde la muerte ya cumplida hasta la que estaba a punto de suceder.

Entonces, vi mi reflejo, contando a través de una narración todo lo que sucedería, pero sin saber cómo terminarla, así que tomé mi celular, y en el momento en que salté de lo que me sostenía, una taza de baño, sólo pude escribir: en esto culmina mi meditación más profunda.